

La expedición

Ricardo Mariño

Ilustraciones de Oscar Rojas





www.loqueleo.santillana.com

© 1998, RICARDO MARIÑO
© 1998, 2005, 2014, EDICIONES SANTILLANA S.A.
© De esta edición:
2016, EDICIONES SANTILLANA S.A.
Av. Leandro N. Alem 720 (C1001AAP)
Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina

ISBN: 978-950-46-4516-0
Hecho el depósito que marca la ley 11.723
Impreso en Argentina. *Printed in Argentina.*

Primera edición: enero de 2016

Coordinación de Literatura Infantil y Juvenil: MARÍA FERNANDA MAQUIEIRA
Ilustraciones: OSCAR ROJAS

Dirección de Arte: JOSÉ CRESPO Y ROSA MARÍN
Proyecto gráfico: MARISOL DEL BURGO, RUBÉN CHURRILLAS Y JULIA ORTEGA

Mariño, Ricardo Jesús

La expedición / Ricardo Jesús Mariño ; ilustrado por Oscar Rojas. - 1a ed. . - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Santillana, 2016.

96 p. : il. ; 20 x 14 cm. - (Naranja)

ISBN 978-950-46-4516-0

1. Literatura Infantil y Juvenil. I. Rojas, Oscar , ilus. II. Título.

CDD 863.9282

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en, o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la editorial.

ESTA PRIMERA EDICIÓN 2.500 EJEMPLARES SE TERMINÓ DE IMPRIMIR EN EL MES DE ENERO DE 2016 EN ÁRCÁNGEL MAGGIO – DIVISIÓN LIBROS, LAFAYETTE 1695, CIUDAD AUTÓNOMA DE BUENOS AIRES, REPÚBLICA ARGENTINA.

La expedición

Ricardo Mariño

Ilustraciones de Oscar Rojas

loqueleq

Para Andrés Mariño

Un bando en el Fuerte

El chico pobre y el chico rico se encontraron por casualidad el jueves, al mirar los dos un bando del Virrey recién pegado en un paredón del Fuerte. El pobre se llamaba Gabriel y trataba de adivinar qué decía ese anuncio; el rico se llamaba Amado y miró al otro con curiosidad. El esclavo que lo acompañaba, en cambio, midió la humilde traza de Gabriel con suma desconfianza.

Gabriel siempre andaba por allí porque le gustaba ver los grandes barcos anclados cerca de la costa, porque entre los puestos de venta y carretas de la Plaza Mayor se daban las mejores oportunidades para hacerse de una moneda y porque allí todo era bullicio y movimiento y eso lo divertía. Para gastar la moneda, si conseguía alguna, prefería las afueras: los reñideros de gallos para hacer una apuesta, las pulperías cercanas a la costa con sus frecuentes peleas entre marineros o las plazas de carretas como la de Miserere, donde podía robar alguna fruta y vagabundear en compañía de chicos de su edad.

Gabriel no se hubiera topado con Amado si no

fuera porque éste tenía la tarde libre: se había enfermado su maestro de latín, un clérigo viejo como el mundo. Las autoridades del colegio habían dado aviso a los padres de Amado y la madre del niño había enviado por él al esclavo Jean Pierre Verruille, comprado por su esposo a un traficante que traía negros de una colonia francesa. Amado tenía pocas oportunidades de andar solo por las calles porque sus padres y los clérigos del colegio opinaban que la calle es perniciosa para un niño de buena clase.

El chico, no obstante, se las arreglaba para pasear por los alrededores del fuerte, la Plaza Mayor y la Calle de las Torres a la salida del colegio, con el consentimiento de Jean Pierre, quien fingía no darse cuenta de los complicados rodeos elegidos por Amado para llegar hasta su domicilio. Y es que también Jean Pierre necesitaba un poco de aire después de tantas horas pasadas en la casa.

“Debe andar todo el día en la calle. Qué suerte tiene” —pensó Amado al reparar en Gabriel.

“Usa ropa de paño. Lleva escudo, bonete, zapatos —pensó Gabriel acerca de Amado—. Su padre debe ser importante: miembro del Cabildo, regidor o pariente del Virrey.”

Un hombre con una mula cargada de cueros se detuvo ante ellos:

—¿Y? ¿Cuál es la novedad? —preguntó sin sacar los ojos del bando.

Gabriel negó con la cabeza y el hombre insistió.



Amado demoró en contestar, como si le molestara hacerlo:

—Dice que el 30 de septiembre saldrá hacia las Salinas Grandes la expedición encargada por el Virrey.

—Ajá —asintió el hombre y retomó la marcha. Cuando ya estaba a varios pasos, agregó—: Ya era hora, ¿no? La carne se pudre, no queda ni una pizca de sal y la que hay la cobran como oro. Hace cuatro años, desde 1781, que no se va hasta las Salinas.

—Sabe leer... —dijo Gabriel sin dejar de mirar a Amado y sin decidirse por la pregunta ni por la afirmación.

Amado se volvió hacia él y lo miró fríamente. Acaso por la ropa elegante que vestía, o porque calzaba zapatos, su figura parecía imponerse por sobre la de Gabriel.

—Soy Amado Jiménez del Orejano Redondo. Mi padre es Oidor de la Real Audiencia —dijo al fin, dando por sentado que eso explicaba que supiera leer.

—¿Oidor? —preguntó Gabriel.

—Eso he dicho. ¿Y tú quién eres?

Gabriel se sintió confundido. Muchas veces había tratado con adultos importantes pero nunca con un “importante” niño de su edad. Por alguna razón eso lo avergonzaba.

—Soy Gabriel... —dijo, y tardó en agregar el apellido porque de pronto el suyo le pareció poca cosa—. García —dijo al fin, y luego agregó con cierta vacilación—: ... de los Carretales Cuadrados.

—¿De los Carretales?

—... Cuadrados. Gabriel García de los Carretales Cuadrados. ¿Es bonito, no?

—Un poco raro.

Y para terminar de darse importancia, Gabriel dijo:

—Mi padre tiene una carreta. Y voy a ir con él en esa expedición.

—¿Sí? —se interesó Amado—. ¡Tendréis que atravesar territorio indio! ¡Qué afortunado! Los indios atacan con flechas y lanzas, incendian las carretas y se llevan con ellos a las mujeres. ¡Y los soldados deben dispararles con los cañones!

—¡Claro!

—Van muchísimas carretas. Oí hablar de cuatrocientas o quinientas. Daría cualquier cosa por hacer un viaje como ése —dijo Amado.

—En esos viajes no permiten niños.

—¿Y tú? ¿Cuántos años tienes?

—Once. ¿Y *tusted?* Quiero decir y *ustedtu?* ¿Usted? ¿Tú?

—Puedes tutearme —rió Amado—. También tengo once. Pero ¿cómo es que tu padre te lleva?

—Bueno, es que... tengo mucha experiencia en conducir carretas. Muchas veces ayudé a traer cargas desde Las Conchas hasta la Plaza.

—¡Oh! Qué bien. ¿Y a mí? ¿Tu padre me podría llevar? Tal vez si le dices...

—Claro, te llevaremos...

—¿De verdad?

—Te doy mi palabra, Amado Jiménez de la Oreja.

—... del Orejano Redondo.

—Perdón...

—No importa, don Gabriel García de los Carretales...

—... Cuadrados.

—¡Cuadrados!

La decisión de Basilio

Mientras caminaba por la Calle de las Torres, rumbo a su casa, Gabriel pensó que era afortunado al tener un amigo rico. Porque después de lo hablado descontaba que se harían amigos para siempre. Claro que faltaba convencer a su padre de que debía hacer esa expedición y también de que lo llevara a él y a su flamante amigo. Parecía difícil...

Basilio, el padre de Gabriel, se ocupaba de hacer viajes con su carreta en la que transportaba cuecos, maderas, licores o lo que fuera. El niño entró a la casa corriendo y lo encontró sentado a la mesa.

—¡Habrà una expedición a las Salinas Grandes! —gritó Gabriel.

—¡Cállate, tonto! —le ordenó su hermano Aniceto, cuatro años mayor.

—De eso estábamos hablando —le dijo la madre, con un gesto que indicaba que debía guardar silencio. El padre devoró una gran porción de carbonada y luego dijo:

—... y ésa es la decisión que he tomado.

Aniceto le informó al oído a su hermano:

